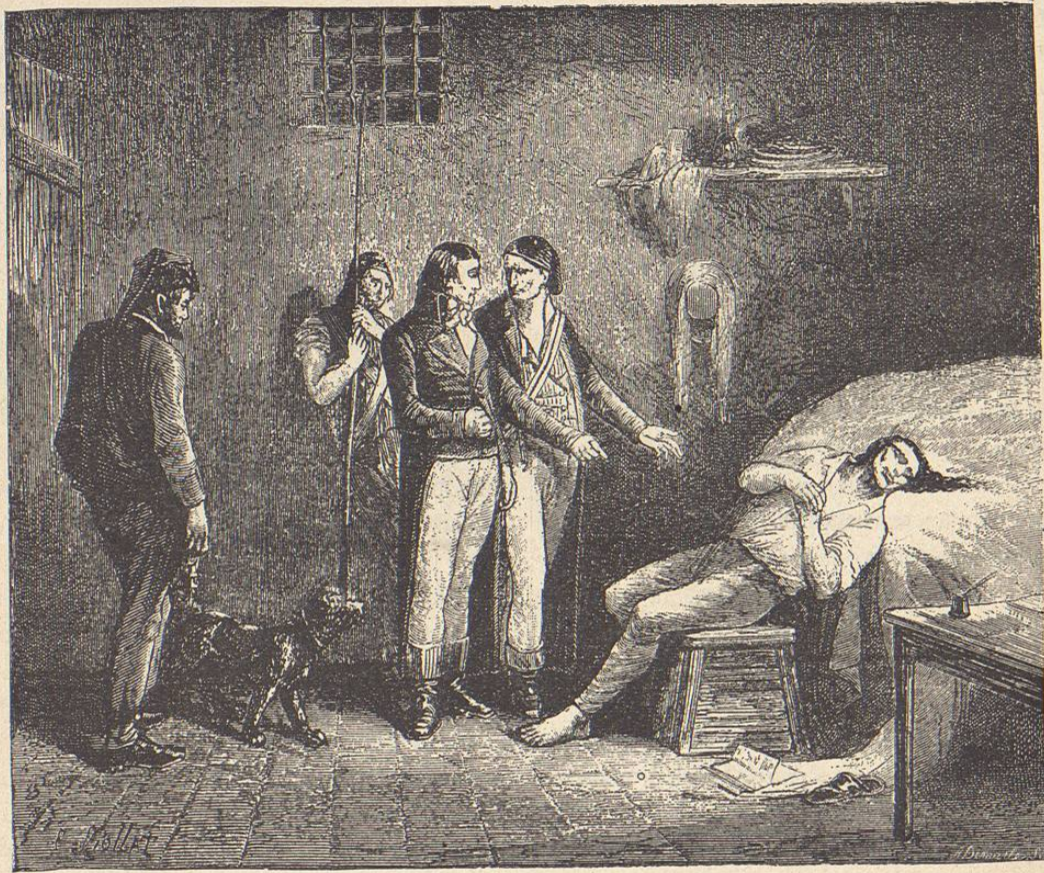


París en los grandes días de la Revolución, y de la misma manera que en pocas horas la población parisiense transformó el Campo de Marte para la fiesta de la federación, así en Varsovia se levantaron murallas y parapetos y se abrieron fosos y trincheras en las que trabajaron todos los elementos de la capital incluso el mismo rey que quiso tirar igualmente la carreta. Pero este entusiasmo no se sostuvo. El

clero casi en masa era enemigo de la insurrección. El rey y sus partidarios temían que solo había de ser motivo para nuevas expoliaciones. A los targovizos los infundía terror porque se atribuía á su traición la desgracia de la patria, y á los partidarios de Rusia les indignaba como una sublevación contra sí mismos y por ser obra de la demagogía. De modo que Kosciwsko sólo podía contar con los ele-



Muerte de Condorcet

mentos democráticos, él que era lo menos democrata posible.

Dentro de Varsovia vino por la fatalidad de los hechos á caer en manos del rey y de su partido que representaban la opinión moderada, pero sin conocer el general las verdaderas causas de esta moderación, pero resuelto Kosciwsko á que la revolución no tirase por mal camino, esto es, resuelto á impedir toda imitación de la Revolución francesa, necesitaba además de su prestigio militar un partido, y este partido no podía ser otro que el partido real. Kosciwsko, sin embargo, se engañaba sobre la fuerza de este partido, por lo mismo que no era adicto, ni entusiasta, sino sospechoso. Así tan pronto hace ejecutar á cinco de los que resultaron autores ó ejecu-

tores de los últimos desmanes. Varsovia en masa reclama igual y tan rápida justicia, contra los enemigos de la patria, y para acallar el tumulto que podía abrir las puertas de Varsovia, no tuvo más remedio que nombrar para presidente del Tribunal Revolucionario al general Zanjonczek ardiente democrata y uno de los héroes de la guerra.

El tribunal se entregó con ardor al trabajo y á los pocos días dictó sentencia de muerte contra el obispo de Chelm, por haber firmado el tratado que consumaba el segundo reparto de Polonia, lo que hizo exclamar al rey que si se seguía por este camino él mismo iría al cadalso. La observación del rey era justa y la revolución polaca precisamente llevaba clavada á su costado la espada real.

Para que una probabilidad de éxito hubiera tenido en algún tiempo, hubiese sido menester, que al rey Estanislao y á todos sus corifeos hubiese traspasado la frontera. Una revolución enérgica y ruda necesitaba Polonia para interesar á las masas agrícolas en la guerra. Desde el momento que no se iba á ella por respetar á una aristocracia que abandonaba su patria, la patria estaba perdida. Kosciwsko no pudo nunca reunir un ejército de 30.000 hombres, ¡qué podía, pues, hacer contra Rusia, Austria

y Prusia unidas! Caer como cayó en la última batalla de la independencia de Polonia.

Si la unión hubiese sido posible; si al ver los polacos reunidos en frente de Varsovia, á los que querían suprimirlos de la lista de los pueblos autónomos, se hubiesen lanzado como un solo hombre á la defensa de la patria y de su independencia, ésta por las circunstancias políticas ofreciales todavía una conjuntura de éxito.

Luchessini quería que se entrara desde luégo en



GUADET

Varsovia por medio de un asalto y no de un sitio en regla. Bischoffswerder, su cuñado, opinaba por un sitio en regla. Dada la exaltación de aquellos días dentro de Varsovia, el asalto hubiese sido terrible y dudoso el éxito, además los rusos que con Fersen al frente se habían presentado delante de Varsovia, no querían cooperar, mejor, estaban allí para impedir que los prusianos ocupasen la ciudad, pues como decía Luchessini, si Prusia ocupaba á Varsovia y á Cracovia en cambio de cedérselas á Rusia podía esperar grandes concesiones en el Norte. Así tan pronto los prusianos formalizaron el ataque, Fersen mostró su más viva oposición á la empresa, estallando un verdadero disgusto entre él y el rey de Prusia, pero esta tirantez de relaciones no duró mucho ni tuvo consecuencias por haber recibido el general ruso orden para modificar su actitud, suavizando también la suya, pues Rusia que tenía suspendidas todas las negociaciones relativas

á Polonia, acababa de salir de su reserva á consecuencia de haber Austria formalizado á mediados de Julio sus pretensiones. Austria pedía los cuatro palatinados del Sud y luégo se oponía enteramente á que Prusia guardara á Cracovia y Sandomir.

Rusia, viendo que Austria se comprometía en seguirla en sus aventuras contra Polonia, y tranquila por la parte de Oriente, pues la Puerta Otomana le dió seguridades de paz, dispuso que Suwarow concentrase sus fuerzas para formar un grande ejército destinado á la guerra de Polonia cuando fuera necesario, pues por lo pronto se quería en Petersburgo que se hiciera Prusia lo más antipática posible á los polacos, dejándole todo el peso de la guerra y del ataque contra Varsovia, á cuyo efecto le dió órdenes á Fersen para que protestando el estado de la guerra polaca en la Lithuania en donde Jasinski hacía una guerra de guerrillas gloriosa, y en cuyo auxilio Kosciwsko había enviado uno tras otro dos

generales realistas, que entrambos declararon la lucha imposible, siendo por fin preciso que saliera á sostenerle el sobrino del rey José Poniatowski, que tuvo que retroceder igualmente, pero delante de los prusianos que en las provincias anexionadas se batían contra los patriotas mandados por Muniewski y Niemejowski que se habían apoderado de un gran convoy de pólvora destinado al sitio de Varsovia, hecho sin importancia para la ulterior marcha de la guerra, pero al que se ha atribuido por la literatura el abandono del sitio de Varsovia.

Federico Guillermo abandonó el sitio tan pronto se convenció de que se le quería dejar que llevara solo el peso de la guerra, y se ordenó la retirada desde el momento en que Luchessini avisó de Viena que no se debía esperar de Austria el envío de un solo batallón. Para sostenerse delante de Varsovia era necesario que Prusia doblase el número de sus soldados, pues sus 25.000 hombres era impotentes para continuar el sitio ni la guerra. Pero al lado del rey no había quien aconsejara la guerra á todo trance sino que á una se le pedía que se abandonase una empresa sin gloria ni provecho, en lo que no les faltaba razón.

Doloroso había de ser para el rey de Prusia la retirada de Polonia después de haber hecho otro tanto personalmente delante de los franceses, de modo, que no parecía sino que huía delante de la insurrección de los pueblos, y sobre todo cuando por el abandono de Austria resultaba que había tenido igualmente que sacrificar su palabra dada á Inglaterra de tener á Moellendorf con 60.000 hombres á sus órdenes para la campaña de Bélgica y para la protección de Holanda. Pero por dolorosa que fuera esta situación no había más remedio que pasar por sus trámites, pues ni Prusia había de hacer sola la guerra contra Francia para servir á Inglaterra, ni había de hacerla solo en Polonia para provecho de Rusia y Austria que había de hacerse la parte del león. Resuelto, pues, el abandono, este tuvo lugar el día 6 de Setiembre. De levantar el sitio tuvo misión el general Schwerin, pero el rey enfermo de despecho marchó á Berlín, en donde le precedió la noticia de su vergonzosa retirada. A su llegada á la capital, adquirió la certitud de que Austria evacuaba la Bélgica, dejando descubierto el Rhin y su cuerpo de ejército.

La situación de Moellendorf era, en verdad, lastimosa. Comprometida Prusia á mantener su contingente en Bélgica y al servicio de las potencias marítimas, en cambio de un subsidio de 300.000 libras esterlinas que debía dar Inglaterra conforme lo

convenido en La Haya, Prusia debía estar dispuesta por últimos de Mayo, pero el subsidio no se hizo efectivo en 24 de Mayo conforme lo convenido sino á primeros de Julio, lo que hacía que no se pudiera exigir á Prusia su contingente hasta primeros de Agosto.

Moellendorf con sus tropas estaba sobre el Rhin y en sus posiciones quería conservarlo Haugwitz, pero lord Malmesbury decía, con razón, que Inglaterra pagaba el contingente para defender la Bélgica y no para defender la Alemania, pero como no se había pagado, Malmesbury hubo de consentir lo que quería Haugwitz, con tanta mayor razón cuanto que el príncipe de Orange apoyaba en interés de Holanda la pretensión del diplomático prusiano, aun cuando logró con su energía y recriminaciones que el príncipe cambiase de modo de pensar. Coburg, por su parte, no consentía que los prusianos abandonasen sus puestos, de modo que Bélgica, por la que Inglaterra se imponía el sacrificio de la guerra, quedaba abandonada. Ocurriósele entonces presentarse al cuartel de Moellendorf para convencer á éste,—20 de Junio de 1794,—pero de lo que salió convenido fué de que no podía moverse hasta tanto que se pagase el subsidio, pues los prusianos no podían separarse de Kircherim-Boland en donde estaban concentrados, porque no tenían ni provisiones, ni municiones, ni caballos para los bagajes, ni material de pontoneros.

Preténdese, empero, que Moellendorf supo ocultar á Malmesbury y á Cornwallis, el mejor de los generales que le acompañaba, el verdadero estado de su ejército y de que en realidad convenía que no se moviera de su puesto para defender el medio Rhin, pues no creía que los imperiales pudieran resistir una semana á los franceses tan pronto él se retirase. Lo que Moellendorf quería y prometía ejecutar era el plan de Brunswick de la campaña de 1792, pero para ello le era absolutamente indispensable el subsidio inglés que le permitiría completarse.

Cornwallis como militar se dejó convencer, pero Malmesbury sostenía que la elección del teatro de la guerra competía á Inglaterra ó á las potencias marítimas que habían tomado á sueldo á los prusianos y que á ellos convenía que éstos tomaran posesiones en Bélgica. Viendo en fin el diplomático inglés que nada podía obtener, se retiró á Frankfort desde donde escribió á su gobierno ponderando la deslealtad de Prusia. Tal era el estado de las cosas cuando ocurrió la batalla de Fleurus que puso al descubierto el plan austriaco.

La victoria de Fleurus, ya lo hemos dicho, era decisiva para la campaña. Así del 2 al 13 de Julio no tuvieron los prusianos un solo día de reposo, pues los franceses que tenía á su frente fuertemente secundados por los soldados que de refuerzo les llegaban de la Vendée fueron ocupando todos los alrededores de Kaiserslautern tras sangrientos combates, viéndose por fin obligado Moellendorf á replegarse para ponerse bajo la protección de los cañones de Maguncia. El príncipe de Sajonia vióse en consecuencia obligado también á abandonar la orilla izquierda del Rhin que quedaba en todo su curso alto y medio abandonado á los franceses.

Intentóse, sin embargo, una operación, todos de común acuerdo para detener á los franceses más acá de Tréveris, pero los franceses se adelantaron y la operación fracasó por completo echándose en cara los prusianos y los austriacos sus resultados. Moellendorf apurada la paciencia acabó por escribir á Luchessini lo ventajoso que sería hacer la paz con la República francesa y llevar sus fuerzas al Este, es decir, á Polonia.

Ahora convenía por el contrario á Prusia que no se moviera, pues desde el momento en que los austriacos abandonaban la campaña para concentrarse detrás del Rhin ¿quién les aseguraba que no fuera con la intención de una incorporación violenta de Baviera y para atacar los principados franconianos? Moellendorf, pues, había de mantenerse en su puesto dado que también podía salir de allí para marchar contra Praga y la Bohemia.

Austria y Prusia, cada una por su parte, tendían á celebrar la paz para encontrarse libres y en situación de poder dirimir directamente y sin ventaja de tercero, sus querellas antiguas y las nuevas que producía el reparto de Polonia. Pero Inglaterra desechada por el resultado de la guerra, no quería que ésta terminara con su descrédito y la conquista de Bélgica y quizás la de Holanda por los franceses, por cuyo motivo mandóse á Viena en solemne embajada el guarda-sellos Spencer y el hermano del ministro de Estado Tomás Greenville para decidir á Austria á atacar de nuevo á los franceses en Bélgica, y esto se creyó posible en Berlín, pero no para Luchessini que creía estar seguro de haber descubierto la política de Thugut y así le pidió al rey Federico Guillermo que le enviase por algunos días á Viena para estar al corriente de todo lo que allí retratase, aprovechando de paso este momento para enseñarle la carta de Moellendorf y hablarle en favor de la paz con Francia, bien seguro de que el rey de Prusia no había de oírle, pero era necesario empe-

zar á hablarle en este sentido para que el rey dejara sus preocupaciones caballerescas á un lado y atendiera á las conveniencias de sus Estados. Sin embargo, Luchessini obtuvo más de lo que se podía prometer, pues no sólo se le autorizó para que marchase á Viena, sino para que como cosa personal suya hablase de la paz. Luchessini marchó el 14 de Agosto, y el 21 celebraba su primera entrevista con el emperador á quien se le hizo pedir al otro día que los batallones austriacos fueran al sitio de Varsovia contra su voluntad, pues el célebre diplomático presentaba de sobras la negativa que ya nos ha ocupado y cuya inmediata consecuencia fué levantar el sitio de Varsovia. ¿Por qué los franceses no aprovecharon este orden de cosas para arrojar al ejército del duque de York y sus ingleses al mar, y á los austriacos al otro lado del Rhin? Porque el Comité de Salvación Pública estaba muy lejos de ser el genio de la guerra moderna, porque se empeñó en que Pichegru y Jourdan recuperaran las plazas fuertes perdidas y se apoderaran de las plazas marítimas de Flandes antes de atacar á York y Coburg, y no podían hacer lo uno y lo otro á la vez, porque las tropas que habían de destinar á los sitios debilitaban demasiado sus contingentes. Esta especie de tregua tácita, hubiera permitido á Coburg que tenía 83.000 hombres detrás de la Ourthe entre Lieja y Malscheid de reorganizarse fuertemente si se le hubieran enviado siquiera provisiones, municiones, dinero y medicamentos, pero de Viena sólo recibía quejas por las pérdidas sufridas y órdenes para que tomara la ofensiva. Y aun cuando Coburg se dirigió á los príncipes alemanes más inmediatos al teatro de la guerra, de todos recibió buenas palabras y nada más, excepto del elector Maximiliano de Colonia, que ni aun buenas palabras tuvo, pues díjole que se arreglara como pudiera, que él no quería saber nada de la guerra, pues había previsto todo lo que ha sucedido y aun sabe lo que sucederá, pues en Viena su sobrino el emperador anda más metido en empresas diplomáticas que no en empresas militares, y esto decía el elector á Coburg que con su ejército defendía sus Estados.

Coburg desesperado acabó por enviar su dimisión,—9 de Agosto de 1794,—pero en esto no hizo más que adelantarse á su destitución, que ya sabemos había decidido el emperador, y luego porque los ingleses la reclamaban en vista de que no quería cooperar con York en Bélgica, que con sus cuarenta y cinco mil hombres apostados entre Berg-op-zoom y Bois-le-Duc, estaban inmovilizados por las tropas de Pichegru.